

## HOMBRES DEL PAIS VASCONAVARRO

POR JOSÉ MARIA DE AREILZA

## Francisco de Javier (y IV)

Cuando Francisco de Jasso y Azpilcueta llega en 1525 a la Universidad de París para doctorarse, viene con el alma alborotada y un profundo sentimiento herido que su juventud y el temple violento de su carácter subrayan de modo singular. Su casa solariega, el castillo de Javier, que le venía por su linaje materno y las propiedades y los honores y rangos que su padre y familia gozaban en Navarra, habían quedado secuestrados, abolidos y destruidos por la venganza política.

Francisco de Jasso nació a la etapa de la juventud estudiantil con el amargor de una monstruosa injusticia perpetrada contra los suyos al abrigo de una guerra civil que castigaba la noble lealtad de los suyos a Juan de Albret y a la Reina Católica. La persecución en vez de aflojar, arrecia, con Cisneros y Carlos V, debido a las múltiples incidencias que agitan unos años todavía la historia navarra. El mozo ardiente y soñador que desemboca en la capital de Francia es, en realidad, un exiliado político. Como muchos otros en esta circunstancia, el desarraigo

y la melancolía agobiante de la persecución preparan el terreno a una nueva y distinta floración del espíritu hacia rumbos diferentes del que una existencia más normal y rutinaria hubiese probablemente elegido.

Lo admirable de este aristócrata navarro, criado en el rincón estratégico que dominaba el portillo de acceso al Reino por la frontera oriental con Aragón, es el ímpetu de su fe aliado a su capacidad de ensueño futuro. Alguien ha escrito con acierto que el manantial gigantesco que alimenta la inextinguible pasión apostólica y viajera de

Francisco Javier, era la creencia absoluta, total que embargaba su alma y su vida, como una segunda naturaleza y que le permitía esperar las incontables flaquezas de su pobre condición física y fisiológica. Pero junto a esa iluminada certeza había también el interminable y errabundo propósito de caminar y de conocer, de navegar y de visitar, de conquistar voluntades, de bautizar paganos, de predicar y de convertir, de abrir rutas nuevas, de incorporar jurisdicciones y pueblos enteros a la Iglesia, de ganarse la India, la Malasia, el



Japón y la China a las ya considerables coordenadas geográficas que amparaban en mitad del siglo XVI, la extensión de la fe de Cristo.

¿Qué audacia increíble la de este mozo pirenaico! Quizás hoy, al cabo de cuatro siglos y medio es cuando medimos en su verdadera dimensión el alcance del enorme propósito. Evangelizar aquello era tratar de convertir, literalmente a más de medio mundo. Era una imposibilidad física con los escasos medios de transporte y de comunicación oral y escrita que la época tenía. Tenía la empresa algo de quijotada, de utopía, de propósito inverosímil. Pero en la tremenda aventura que dura once años de su existencia, Francisco Javier intuye con la lucidez de los espíritus excepcionales, una serie de aspectos de la vida misionera en que se adelanta a su tiempo y que confieren modernidad a su tarea. La necesidad del clero indígena; la exigencia de separar cuidadosamente el orden temporal de los colonizadores —muchas veces profundamente anticristiano en actitudes, injusticias y conductas— y el ser espiritual de los apóstoles, inasequibles en su firmeza de los principios morales y religiosos a los que servían; el conocimiento profundo de los sistemas culturales y de creencias en que los pueblos asiáticos se desenvolvían, sin que el denominador común de «paganismo» sirviera de simplista explicación o de punto de partida a la obra misionera. El enorme bagaje, en fin, de la experiencia personal, suplía como él decía a muchos años de estudios teológicos y sin la que era inevitable que se cometieran un cúmulo de errores de bulto con balance adverso de los resultados conseguidos. Y finalmente, la necesidad de apoyarse en el armazón político de los imperios occidentales existentes —en, este caso el portugués— para lograr un estribo inicial desde el que comenzar el gran designio de sembrar la fe y recoger la cosecha.

En la historia universal de aquel siglo, contrasta la fácil expansión del cristianismo en la América hispana con la limitada extensión del catolicismo en Asia ya que ni la India, ni Malasia, ni el Japón, ni la China, se convirtieron masivamente, como los imperios inca y azteca dando lugar a la evangelización del entero continente americano. Se ha dicho que ello se debió esencialmente a que la colonización portuguesa del Oriente era más periférica que continental; que se cimentaba en la flota y en el comercio, pero no en la conquista y ocupación del interior de los inmensos territorios y que en definitiva lo que no se alcanzara por la espada, no se consolidaba para la Cruz.

¿Era sólo ese argumento, el válido? Hoy vemos con perspectiva histórica contemporánea. La fe impuesta, nos repugna como contraria a la libertad de conciencia y acompañando a una concreta colonización y civilización nos produce además el escrutinio de que unas determinadas estructuras económicas y sociales hayan utilizado la propia fe como instrumento asentador de una parcial y privilegiada concepción del mundo. Pero en Asia había otro factor de resistencia a la evangelización, que la sagacidad de Francisco Javier no dejó de adivinar una y otra vez. Y era el trasfondo metafísico de las filosofías antiguas del budismo, del brakhmanismo, de Confucio y de Lao Tsé que se hallaban —y se hallan todavía— presentes, en la

vida y costumbres de aquellas enormes comunidades humanas. Lo que los españoles hallaron en la conquista de América era, desde el punto de vista religioso y filosófico, endeble, primitivo, tofémico y retrasado con respecto a la cultura cristiana de Occidente. En la Asia profunda, la contemplación existencial hundía sus raíces en una serie de corrientes espirituales y ascéticas de alto rango y nivel, aunque luego, en la práctica, los seguidores y jerarquías de aquellas creencias hubiesen en muchos casos dispersado su rigor en prácticas absurdas y supersticiosas arcaicas. La misión y la vida de Francisco de Javier, wue se extinguen, mirando a la China continental, en una abrasadora y nostálgica esperanza parecen, desde el punto de vista humano, un fracaso. Pero en el general proceso de la historia, fueron una prodigiosa y heroica aventura. Y aún hoy, en el nuevo contexto demográfico y político de las grandes potencias mundiales, la semilla del inmortal jeruita navarro florece todavía no sólo en las minorías cristianas del subcontinente indio y asiático, del Imperio Japonés o de las Islas Malásicas, sino en el creciente prestigio que el cristianismo superior de existencia espiritual goza en los niveles dirigentes de la cultura india, china y japonesa aunque la conversión de esos pueblos al Evangelio sea un remoto y complejo problema que se enfoca ahora con distinto lenguaje y hasta yo diría con diverso propósito. Cuando Pablo VI visitó la India dijo allí definitivas palabras sobre el cristianismo en Asia y el valor innegable de mucha parte de las filosofías y culturas autóctonas en relación con la metafísica de la vida. El hijo del señor de Javier, primer continental e insular, hubiera escuchado complacido la oración del sucesor de Pedro en las remotas tierras que tanto amara y que aún guardan los restos del su cuerpo.

Nuestra tierra da hombres como estos. Espigúe en mis artículos cuatro figuras al azar: Erillá, Elcano, Ayala y Javier. Pero ese latente común que los enlaza entre sí, lo produce nuestro país con reiterada frecuencia en sus hijos. Universalidad, entendida como servicio a la condición del hombre por encima de fronteras y razas. Alianza del idealismo con la praxis, como síntesis del buen sentido y del ensueño, de la poesía y del cálculo, de los pies en el suelo y la mirada en el cielo, para pedir fuerzas o adivinar tormentas. Tenacidad, o dicho de otro modo, victoria de la obstinación sobre el desánimo, a prueba de circunstancias adversas. Lealtad a lo propio, a la tierra nativa, en el servicio a una lealtad mayor, la de la Monarquía castellana o la del Imperio. Ningún residuo de localismo exaltado que pudiera acortar la floración intensa de la personalidad con introspecciones excesivas. Lo mejor que el vascongado lleva dentro de sí, lo vierte en la expansión de su espíritu, con fidelidad a sus antiquísimas raíces culturales propias, pero sin perderlas por eso, en la constelación de los valores de la gran cultura española que los integra y magnifica. Aprendamos juntos la lección del pasado en tantos siglos de comunidad. Ni desdén para lo que es auténtico, respetable y valioso. Ni soberbia para rechazar lo que hizo entrar a Vasconia, por la puerta grande, en la historia universal.

José María de AREILZA

## La primera sociedad navarra de inversión mobiliaria ofrecida en suscripción pública para los inversores navarros, en marcha

Acogida, según acuerdo de fecha 3-VIII-73 a los beneficios fiscales que la Excm. Diputación Foral concede a estas sociedades.

### SOCIEDAD NAVARRA DE INVERSION MOBILIARIA

Cartera de Navarra, S. A. (CARTENASA)

Capital y reservas: 100 millones de pesetas

Promotor: BANCO DEL NOROESTE, S. A.

Su inversión planificada y gestionada por expertos, se revaloriza día a día. No invierta su dinero al azar, ahora que puede hacerlo con seguridad, eficacia y en Navarra.

# CIA CARTENASA

Suscripción e información:

BANCO DEL NOROESTE, S. A., General Franco, 9 bis

CORREDORES DE COMERCIO DE PAMPLONA

HOMBRES DEL PAIS VASCONAVARRO

POR JOSÉ MARIA DE ARELZA

AYALA DE QUEJANA (III)

Hace muchos años que no volvía al valle de Ayala. Su recuerdo va unido a mi memoria a los tiempos de la remota mocedad. Mi padre que era médico tenía en su extendida clientela buen número de monjas de clausura a las que atendía generosamente. Un día nos trajo un regalo que las dominicas que Quejana le habían entregado para sus hijos. Era un dulce de nueces, oscuro, sabroso, primitivo, contenido en cilíndrico pote de loza vidriada. Rezumaban la jalea y el receptáculo a cosa antigua, medieval, a receta transmitida durante cientos de años entre prioras y economas, en el interior de los muros del viejo convento.

Al cabo de unos años, siendo yo todavía adolescente, visité la torre, el monasterio y la capilla donde se hallaban los sepulcros del canciller Ayala y de su mujer. El recinto estaba abandonado y el altar destruido. Iba con mi padre, Pedro Egullor, Gregorio Balparda,

Fernando Quadra Salcedo, José Félix Lequerica y alguno más, en una de aquellas habituales excursiones sabáticas que empezaban por el paisaje, continuaban por la historia y arqueología y terminaban en una fonda de pueblo en la que la inmensa vocación gastronómica de Egullor había anticipado un selecto menú trabajosamente elaborado con productos locales. Sentados y rodeando la tumba, se enzarzaron en debate histórico sobre la gran figura alavesa. Balparda, que era investigador en serio, y Salcedo, que a su saber genealógico unía imaginación, poesía y sentido del humor. Los otros, callaban.

En la discusión salió a relucir toda la historia del siglo XIV de Castilla y del País Vasco y el proceso de la formación política de la Monarquía renacentista que culminará en la reina Isabel. De aquel fascinante diálogo al que luego, en la sobremesa pusieron colofones brillantes la agudeza de Lequerica, la capacidad de síntesis de Egullor y el cáustico criticismo de mi padre, tengo vívida memoria. En cuanto pude, me hice con las crónicas del Canciller para conocer a través de sus juicios de cada sucesivo reinado, la condición humana del autor.

Pasaron muchos años desde aquella visita. Estaba yo de embajador en Estados Unidos y realicé el año 1957 una visita oficial a Chicago, invitado por el alcalde de la enorme ciudad. En el Museo, ricamente dotado, tuve interés en conocer la sala de pintura medievales, por suponer que habría allí algún ejemplar notable de nuestro país. En lugar de honor me encontré con un prodigioso retablo y frontal, en impecable estado que parecía de escuela castellana o navarra del siglo XIV o XV. Me aproximé al cartel indicador y hallé la confirmación: eran el retablo y frontal originales del despojado monasterio de Quejana. Llevaban las tablas en el Museo norteameri-

cano desde época antes de la primera guerra europea.

Pedí al director unas copias topográficas en color a tamaño natural lo más perfectas posible, encargo que realizó y se las remitió el presidente de la Diputación de Alava, Manuel de Aranegui contándole el lance. La restauración que llevó a cabo fue una admirable tarea de minuciosa elegancia y rigor estético. La memoria del señor de Ayala, que conoció cinco reyes sucesivos de Castilla a los cuales sirvió en diversas, responsables y encontradas circunstancias, no merecía menos.

En la personalidad de Pedro López de Ayala se dan una serie de factores coincidentes que hacen del noble alavés un eslabón decisivo para comprender los albores del Estado moderno en nuestro país. Era de linaje esclarecido y poderoso, hombre de gran fortuna, ambicioso de mando y tenaz en su empeño de allegar jurisdicciones a sus posesiones originarias, de la hononada alavesa que riega el Nervión. Oyó de adolescente el relato del triunfo de Alfonso XI en el Salado que puso fin militarmente hablando— a la Reconquista, y convirtió a los reyes moros subsistentes en la península en soberanos mediatizados y tributarios de la España cristiana. Sirvió al último rey legítimo de Castilla, don Pedro, con intimidad. Mas cuando las cosas se volvieron contra el monarca, y una parte de la nobleza y de la Iglesia, juntamente con algunas ciudades y villas, se levantaron en favor del bastardo don Enrique, Ayala se pasó en armas y bagajes al conde de Trastámara, abandonando a don Pedro y tomando parte en la batalla de Nájera junto a los mercenarios franceses y el ejército rebelde. La derrota de don Enrique fue total y Ayala fue hecho prisionero por los ingleses del Príncipe Negro y hubo de pagar altísimo rescate por su vida y libertad. Muchos le acusaron de oportunista y veleidoso, y el propio bastardo, triunfante después del crimen de Montiel, receló de Ayala por su anterior y empecinado petrismo o «peregilerismo» como en sona se llamó entonces a los partidarios del rey asesinado. López de Ayala cambió de bando, cuando pensó que el rumbo de don Pedro llevaba por mal camino el interés del país. Un concienzudo y brillante historia-

dor—don Luis Suárez Fernández— apunta en su ensayo sobre el Canciller cómo los compromisos de don Pedro con los ingleses representaban, entre otras cosas, la cesión del Señorío de Vizcaya a la Corona británica y la cesión de Alava y Guipúzcoa al reino de Navarra. Era el tributo considerable que la desesperación del monarca amenazado pagaba para salir del mal trance con la ayuda del príncipe de Gales y de su aguerrida hueste. Ayala, que era un enamorado de su tierra, a la que volvía siempre después de sus misiones y trabajos en Castilla, en la Corte o en el extranjero, y en la que labró su definitiva sepultura, tenía ideas claras y definidas sobre lo que representaba la vinculación de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya a la Corona de Castilla como instrumento de progreso material en orden al tráfico de mercaderías de la meseta hacia el exterior y también como protección y fuero de las libertades municipales y personales frente a las violencias de los banderizos y a los abusos de los señorios particulares. Probablemente descendía él de los primeros señores de Vizcaya, los López de Haro, pero esto no le impidió comprender cuál era el verdadero interés de los vascongados que en aquellos años habían por uno u otro camino entrado en el armazón histórico de la Monarquía castellana. De Ayala dijeron sus enemigos que era desleal y traidor. Me viene a la mente el famoso texto de Graham Greene sobre la infidelidad política en el postumo «elogio de un amigo suyo, germano, profundo y liberal pensador, encarcelado y ejecutado por la tiranía hitleriana con el habitual remoque de traidor. «Si hay virtud en la deslealtad— escribe Greene— es porque el hombre piensa que se comete en el servicio de una lealtad mayor». Bien conocía el político alavés la escasa calidad moral de Trastámara y sus innumerables parientes que deseaban gobernar el reino como un botín ganado en la guerra civil, pero pensó seguramente que el riesgo de don Pedro, lanzado a hipotecar la soberanía de su territorio a cambio del apoyo militar foráneo, era cosa peor.

Ayala fue, bajo los primeros «reyes nuevos», como se llama la capilla de la catedral de Toledo que contiene sus restos, un hombre de excepcional relieve en el campo diplomático. Puede decirse que es el iniciador de la gran política europea de Castilla. Jugó la carta francesa por razones de estrategia geográfica y utilizó la Marina de guerra de Castilla—que don Pedro había tenazmente forjado— como instrumento de dominación comercial hacia los mercados nórdicos que se abrían en los puertos de Flandes. También medió con los otros reyes peninsulares y en los delicados problemas que el Cisma creaba a las dinastías católicas. Fue escuchado siempre por los monarcas, aunque su consejo no fuera seguido como en la aventura portuguesa que terminó malamente en Aljubarrota donde cayó prisionero otra vez. Al final de su vida diplomática llegó a

Canciller, o como hoy diríamos a jefe de gobierno, respetado por todos y mal obedecido por la poca autoridad de los monarcas frente a las revueltas de la nobleza y a la ambición desmedida de la parentela regia.

Era poeta notable. Aunque confieso mi fatiga de lector moderno para emocionarme con el trabajoso estilo de la «cuaderna-vía», un crítico eminente me ponderaba sin embargo la entrañable inspiración de sus versos, compuestos, en parte, en los largos paréntesis de su cautividad. Yo me quedo con sus «Crónicas» de los reinados que él conoció. Allí brilla su espíritu descriptivo; la exactitud del detalle, el adjetivo preciso, la intención que una escena al parecer casual, tiene para justificar el relato. La historia moderna de España nace en esas páginas en las que el ditirambo antiguo se transforma en crítica; los elogios póstumos en balance objetivo; las motivaciones psicológicas en motor de los sucesos.

Trata el cronista de narrar, pero también de explicar y de comprender. Y de hacer que el lector de muchos siglos después, entrevea a través de los párrafos de su prosa rotunda y matizada a la vez, un panorama de nuestro pasado que todavía puede apasionarnos.

Pregunté una vez al marqués de Lozoya, descendiente también de los Ayala, por qué el linaje, al que el Canciller había llevado al máximo nivel en el cuatrocientos, se aparecía ya en su descendencia primogénita, involucrado en los fastos cortesanos e imperiales de la dinastía de los Austrias. «Se truncó el ritmo y el poderío de la casa—me contestó con su deliciosa ironía de sabio— en la guerra de los comuneros. El último señor de Ayala tomó parte en la lucha combatiendo por la posesión de un puente cerca de Salvatierra, desgraciadamente, eligió el lado malo del puente de los vencidos».

José María de ARELZA

DE ENTRE TODOS HOY NUESTROS PRODUCTOS DESTACAMOS

HOTELES CLUB



Una semana en pensión completa  
**BENIDORM:** Rosamar, Marblau y Copacabana, desde ... 1.785 Ptas.  
**ALICANTE:** Bernia, desde 1.855 »  
**FUENGIROLA:** La Cala, precio por día, desde ... 125 »  
**APARTAMENTOS EN LA COSTA DEL SOL:** precio por persona y día, desde ... 78 Ptas.

R. I. T. (combinado tren, hotel o apartamento)  
 Salidas desde diversas capitales de España a: CANFRANC - JACA - MALAGA - ALICANTE - GRANADA - MADRID - LISBOA.

para sus Vacaciones de Otoño-Invierno

SOLICITENOS PROGRAMA DETALLADO

VIAJES ECUADOROR "CREAMOS TURISMO"

Agencia Internacional de Viajes (G. A. T. n.º 68)  
 Sangüesa, 2 - Tel. 226312 - PAMPLONA

38 OFICINAS AL SERVICIO DE NUESTROS CLIENTES

Empresa Internacional de Bebidas refrescantes precisa para su Delegación de PAMPLONA

Vendedores repartidores

con carnet de 1.ª

Preferible conocedor gremio hostelería

Interesados llamar al teléfono 317135 de NOAIN para concertar entrevista.

# IDAD GRAFICA



gne músico, durante la  
uerto Rico en memoria  
y Cataluña. — (Unifax



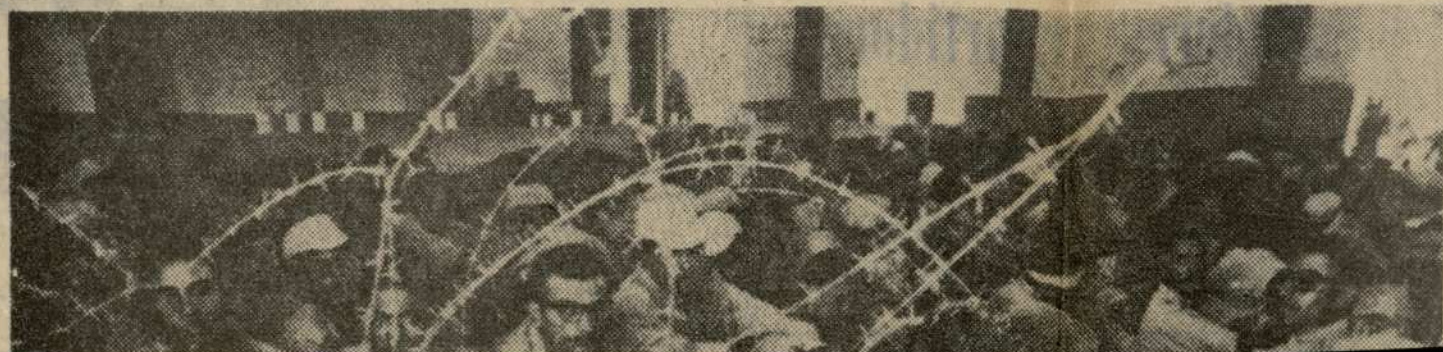
El actor norteamericano de origen judío Danny Kaye, conversa con un soldado israelí herido en un hospital de Tel Aviv. Danny Kaye ha llegado a Israel para contribuir con su actividad artística al esfuerzo bélico del pueblo judío. — (Unifax Cifra-DIARIO DE NAVARRA).



rnández Miranda, du-  
legados Nacionales de  
O DE NAVARRA).



El ornitólogo norteamericano Clifford Lindquist, sostiene en su brazo un ejemplar de águila imperial española que fue llevada subrepticamente a los Estados Unidos tras ser capturada en una reserva de nuestro país. Tras la denuncia correspondiente por parte de las autoridades españolas el águila imperial va a ser devuelta a España. Se calcula que sólo quedan 100 ejemplares de esta especie en nuestro país. — (Unifax Cifra-DIARIO DE NAVARRA).



## HOMBRES DEL PAIS VASCONAVARRO

POR JOSE MARIA DE ARTECHE

## ELCANO DE GUETARIA (II)

Para demostrar que la tierra era, aproximadamente una esfera que giraba por los espacios, había varios caminos que se ofrecían al inquisitivo espíritu del hombre. Unos eran de orden metafísico; otros de interpretación teológica y bíblica; había el proceso lógico de la matemática, de las leyes físicas o de la observación astronómica. Todos ellos fueron seguidos en una y otra medida desde la más remota antigüedad.

Sorprende en todo caso lo que duró a través de los siglos la coexistencia de esas versiones, muchas de ellas contradictorias, y lo que tardó en sacudirse, la cultura del Renacimiento, con ser tan atrevida y progresiva, las tesis absurdas de un mundo plano, especie de plataforma con fronteras tenebrosas que se mantenía inmóvil en el centro del universo.

Copérnico y Galileo tuvieron las dificultades consabidas ante un dogmatismo pueril que pretendía oponer la letra de los textos a la naturaleza de las cosas. Pero había un último camino posible para demostrar que el planeta era redondo y consistía en darle la vuelta, retornando al punto de partida. Era la fórmula práctica, la del buen sentido, la inobjetable, la que se explicaba por sí misma. Esta experiencia duró tres años y costó cientos de vidas. Se hizo a fuerza de audacia, de tesón y de práctica marinera. La realizó la Marina española, y la convirtió en realidad inverosímil un guipuzcoano a quien la envidia y la ingratitud no rindieron el debido tributo en vida y que sólo al cabo del

paso de los siglos se convirtió en personaje legendario.

De Juan Sebastián Elcano se sabe poco en rigor. José de Arceche, en una admirable y evocadora biografía, ha trazado la silueta de su personalidad con exhaustiva rebusca de documentos directos e indirectos. De ellos cabe extraer una silueta suficientemente concreta para que podamos aproximarnos al hombre. Yo trato de subrayar aquello que me parece más destacado, lo que caracteriza la idiosincrasia de la hazaña y del protagonista y situarlo en el contexto general de nuestra tierra y de nuestra gente, y más precisamente de nuestra gente marinera. Dije antes que Elcano tuvo lo que hoy llamaríamos «mala Prensa». El «Diario» de

Pigaffeta, italiano habilidoso y poco claro, lo ignora totalmente como si aquel último navío de la armada de cinco que salió de Sanlúcar en 1519 hubiera llegado al punto de partida guiado por un invisible y misterioso capitán. Hasta don Antonio Cánovas alude al gran navegante de Guetaria en tono despectivo y menor de su discurso a la Real Sociedad Geográfica de Madrid. Dice que era más práctico que científico, más aventurero que capitán y que no llegaba sino al nivel de ser un modesto maestro de a bordo, el maestro de la nao «Concepción». Este juicio del gran hombre de Estado, que ha sido vivamente criticado por algunos, contiene, a mi parecer, notables elementos positivos que el político malagueño no atisbó a percibir en su auténtica dimensión. Para salvar la expedición fracasada de Magallanes, minada por la discordia, la sublevación interior, el abandono y fuga de uno de los buques, las tormentas incesantes, el escorbuto, el hambre y el empeño del descubridor portugués en extender su jurisdicción política y colonial sobre las islas del archipiélago filipino que provocaron su temeraria muerte, hacía falta sobre todo un hombre práctico, no un geógrafo o un científico. El mérito de Elcano, lo que caracteriza su tarea, es la forma enérgica, conclusiva, pragmática en que reorganiza los restos de la armada, los concentra en un solo navío; reconstruye el casco y el aparejo de la «Victoria» y se dispone a recorrer la interminable ruta del regreso con bastimentos suficientes y un mínimo de tripulantes. Este enfrentarse con la realidad, dejándose de gloriosas fantasías, aplicando su dura experiencia de armador y piloto de muchos años al arriesgado trance es lo que da al hombre de Guetaria un relieve indiscutible entre las figuras mayores de la historia naval del mundo. Elcano, en efecto, es el vascongado práctico que Cánovas describe con peyorativa intención y, además, cómo no? es también «aventurero».

Volver de Borneo y las Molucas a Sanlúcar a través de

una etapa sin escalas, en un navío de cien toneladas escasas, con elementales instrumentos de navegación y mapas esquemáticos, imprecisos y en gran medida erróneos, era una auténtica y valerosa aventura. Pero pragmatismo y riesgo no ha de ser necesariamente antitéticos. Nuestras crónicas están llenas de episodios en que se alían estrechamente el genio de la exploración de lo desconocido con el más prosaico de los espíritus organizadores. América, la América hispanoparlante, ocupada y conquistada en menos de treinta años por unos pocos miles de hombres audaces y de animosa intrepidez, es un ejemplo de aventurerismo sistemático que no desdeñaba los detalles para garantizar la supervivencia. La mar era un perenne desafío al espíritu inquisitivo de los navegantes peninsulares y muy especialmente de los marineros vascos. El regreso de Elcano con sus escasos hombres, trazando un larguísimo derrotero meridional por el Pacífico para no tropezar con los rivaes y enemigos portugueses, es una obra maestra de imaginación y experiencia aunque por poco costase la vida a todos los tripulantes, extenuados por el hambre y la miseria.

Pero hay algo más, también característico de la epopeya. La vuelta al mundo magallánica era, en el fondo, una empresa comercial, de hallazgo de caminos nuevos que buscaban el camino de las especias, la especiería. En el auge renacentista, las Cortes de Europa y las busguías enriquecidas de las ciudades y los nobles más poderosos habían dado, junto con los abades más relevantes, notable impulso a la gastronomía, refinando los bárbaros usos alimenticios con el condimento matizador, picante, estimulador, de los frutos y palos aromáticos que venían —como el perfume, las sedas y las rosas— del Oriente lejano y sensual. Las especias eran el lujo de la cocina renacentista de Occidente y su precio adquiría niveles exorbitantes, muchas veces superior en eficacia, como instrumento de cambio, al oro amonedado. Las Molucas eran el centro geográfico de esa codiciada mercancía, delicia y regalo de las cocinas reales. Sobre si entraban o no las ambicionadas islas en las áreas jurisdiccionales de España o de Portugal, que desde la reunión de Tordesillas, envenenaron las relaciones peninsulares, versó el entero problema de la expedición, que para colmo llevaba a su frente a un gran navegante portugués, mal visto, como era natural, por su rey y sus compatriotas.

Pues bien; fue Elcano el que dentro del rosario de contratiempos y obstáculos que caen como plagas sucesivas sobre los viajeros, hasta el asesinato de su jefe por los indígenas isleños, decidió ante todo que el objetivo del viaje no era dar la vuelta al mundo, sino comprar especias y llevarlas a España, propósito que según el

de Guetaria Magallanes había completamente olvidado, abandonando incluso el rumbo de las Molucas. Desde que toma el mando, el guipuzcoano lleva con todo rigor los libros de a bordo; contabiliza minuciosamente entradas y presas; explora lo que hay en el archipiélago de interesante, desde el punto de vista mercantil; dónde está el sándalo, el jengibre, la nuez moscada, la pimienta, la canela... Finalmente embarca en la «Victoria» trescientos ochenta sacos de clavo de la mejor calidad, que pesaban veintiséis toneladas. A través de las trágicas vicisitudes del regreso, la carga se mantiene incólume y llega a Sanlúcar. Su venta produce un buen montón de millones que desborda en bastantes cientos de miles de maravedises al costo total de viaje. La primera vuelta al mundo, bajo la supervisión de un marinero de Guetaria, acabó siendo un buen negocio para la Corona, después de tres años de inverosímiles episodios. ¡Qué admirable continuidad la de nuestra tierra en producir capaces secretarios, eficaces administradores, honrados empresarios, armadores de flotas rentables, y como hoy se dice, serios ejecutivos! Con Elcano llegaron dieciocho supervivientes, de los que eran cuatro vascos, dos gallegos, dos andaluces, un extremeño, un montañés, tres italianos, tres griegos y un alemán. Elcano traía consigo los papeles y las cuentas. Su «diario» se ha perdido. Para conocerle mejor no tenemos otra documentación que sus declaraciones ante el alcalde Lequizano y su largo y prolijo testamento que otorga en alta mar al Pacífico, días antes de morir y ser arrojado a las aguas del inmenso mar de Balboa.

Se ve que era enérgico y hasta violento, de carácter implacable y frontal en sus denuncias y ataques, sin importarle los respetos humanos. Se adivina también su profunda y sincera fe religiosa y marina, como de hombre de mar, hecho a invocar la ayuda de Dios en los trances difíciles. «No le importaba —escribe Arceche— el juicio de los demás». Es ésta, quizás, una constante del carácter de nuestra tierra que produce más soberbia que envidia; más orgullo que resentimiento, en los hombres que en ella nacen.

No fue generoso el emperador con él; le dio un blasón, con alusiones a las nueces y a la canela, y una pensión vitalicia que nunca pudo cobrar. Le negó, en cambio el hábito de Santiago al marino vasco que le dio nuevos caminos y concretas certezas a la geografía del mundo.

En las tortuosas y empinadas calles de Guetaria, camino del pueblo, escondido de los temporales, se escuchan todavía en las bodegas concurridas de la tarde estival los coros marineros que repiten armónicamente su nostalgia de aventura ante un vaso bien repleto que calienta el corazón y le infunde coraje y audacia.

Importante Empresa de Pamplona necesita

## PERITOS INDUSTRIALES Y PERITOS AGRICOLAS

SE REQUIERE:

- Estar libre del Servicio Militar.
- Tener espíritu de trabajo.
- Desear labrarse un porvenir en una empresa y en trabajos industriales.

SE OFRECE:

- Formación a cargo de la empresa.
- Remuneración acorde con la titulación profesional.
- Posibilidades de promoción.

Se ruega a los interesados escriban a mano dando datos de identificación y contacto, teléfono, edad, estudios, experiencia profesional y REMUNERACION ANUAL INICIAL deseada a:

BEDAUX ESPAÑOLA, S. A.

Ref. O. R.

Avenida de España, 18

SAN SEBASTIAN

Empresa encargada de la selección.

Los aspirantes en paro deberán incluir el n.º de la Organización Sindical de Colocación.



# IDAD GRAFICA



SCHER  
Química. A la derecha el  
quierda el Prof. Geoffrey  
E NAVARRA).



El Sr. Peter Lorf, primer embajador de la República Democrática Alemana en España (derecha), a su llegada al aeropuerto de Barajas donde fue recibido por altos funcionarios del Ministerio español de Asuntos Exteriores. — (Unifax Cifra-DIARIO DE NAVARRA).



y a un inglés. Los ameri-  
recha), de IBM. El inglés  
RIO DE NAVARRA).



La actriz italiana Sofia Loren espera instruccio-  
nes para interpretar una escena de la película  
«Il Viaggio», dirigida por Vittorio de Sica, que  
está rodándose en la localidad de...



HOMBRES DEL PAIS VASCONAVARRO

MIR JOSE MARIA DE ARTEZA

ERCILLA DE BERMEO (I)

La tierra y sus hombres. Cada suelo produce como un fruto vegetal más complejo y sazonado un tipo de hombre que no sólo es hijo de la sangre, sino hijo de la tierra. Cabe adivinar en el carácter de las gentes, la genética, no ya del linaje, sino del entorno, comprendiendo en este último, paisaje, clima, alimento, costumbre y lengua, cultura en suma, como un ambiente espeso y envolvente que acompaña al ser humano en su itinerario vital. Muchas veces he pensado, recorriendo nuestra geografía vasca, hasta qué punto ciertas constantes de la idiosincrasia de los hombres que aquí se originaron, se reflejan abiertamente en el sentido profundo de su vida, de su obra o de sus hazañas. Me detengo ahora en cuatro de ellos, conocidos por su universalidad.

No me propongo hacer en estos ligeros apuntes veraniegos biografías periodísticas, sino más bien reflexiones personales. Visité estos días Bermeo, Guetaria, Quejana y Javier. Cuatro lugares bien diferentes de las cuatro provincias vasconavarra. Allí traté de hallar el rastro de otros tantos personajes señeros: Alonso de Ercilla; Sebastián Elcano; Pedro López de Ayala y Francisco Javier. Cada uno de ellos, de inconfundible y diversa traza. Y también de cierto común denominador. Hoy empiezo por Ercilla de Bermeo, el máximo de los versificadores de la épica española. Sobre el rincón de Torrontero, en el puerto que abriga los varapintos pesqueros de la flota actual, se alza el edificio de la torre de Ercilla, con sus sillares oscuros y su aire sombrío, esmaltado de góticas ojivas. Hoy alberga un museo del pescador. Desde sus veranas que dan al mar, se advina el abra en que se diluye la ría de Guernica, el islote de Izaro, con su joroba alargada y verde, el acantilado de Ogoño que se vuelve rosa en los atardeceres de agosto y los montes ásperos y bravios que cierran el valle por el Este con sus dos ermitas de Acherre y Ereño, semejantes a dos diminutas arcas de Noé varadas en la cónica cima de un Ararat local. Bermeo es un hondón, protegido del Noroeste por el macizo del Sollube y el promontorio del Meschiburu. El poeta descri-

bió su ensenada y su solar en el famoso pareado: «Y su torre de Ercilla sobre el puerto De las montañas altas encubierto. No había nacido el gran escritor en la vieja fortaleza de su linaje, sino en Madrid donde el padre, vocal del Consejo de Castilla bajo Carlos V, residía. Don Alonso era un joven criado en la Corte, paje del príncipe heredero, don Felipe, camarero, camarada y amigo de éste hasta que la vida y la Corona ceñida por el taciturno monarca los separó física y moralmente. Los maestros y preceptores de ambos jóvenes fueron comunes pero sus gustos y aficiones discrepaban. El vizcaíno era extrovertido, ingenioso, brillante, curioso y decididor; aficionado a fiestas, cazas y diversiones. El futuro Felipe II apuntaba ya el humor sombrío, sentencioso y reticente, nada inclinado a lo que hoy llamaríamos vida deportiva. El contraste entre paje y señor no fue obstáculo para que la intimidad entre los adolescentes se llevara adelante. Ercilla acompañó al príncipe Felipe en sus viajes a Europa y traía de ellos riquísimo caudal de noticias, libros cultura, y aire renacentista italiano en estilos literarios y poéticos. Lo asombroso de Ercilla es que ese período viajero de aprendizaje goethiano, a lo Wilhelm Meister, se termina a los 21 años de edad en que como en Londres, donde

un señor acaba de casarse con María Tudor, la noticia de la rebelión de los indios del sur del Perú que amenazan con liquidar las conquistas de Valdivia y Almagro. Dicho y hecho. Allí va el bermeano intrépido en busca de aventuras y gloria militar. El viaje es largo, por Panamá y lleno de riesgos y contratiempos. Pero finalmente desde Lima y el Callao parte la expedición por mar hacia el campo de batalla en el confin austral del viejo imperio incaico, hacia esa tierra remota y fascinante que se llama Chile. El soldado vizcaíno era un archivo viviente de universal curiosidad. No era sólo los nombres, la topografía, los personajes, la guerra, lo que describe con apasionada minuciosidad sino el sistema social, los usos, la religión, las instituciones de los pueblos indios. Tiene su poema, un pequeño diccionario inicial, que explica los neologismos usados. «Chile: es una provincia grande que contiene en sí otras muchas provincias. Toma el nombre de Chile por su valle, del cual tuvieron primero noticia los españoles por el oro que en él se sacaba». Prosaica descripción. Mas luego el poeta la describe en verso en sus majestuosas octavas reales: «Chile, fértil provincia y señalada. En la región antártica famosa De remotas naciones respetada Por fuerte, principal y poderoso

La gente que produce es tan granada Tan soberbia, gallarda y belicosa Que no ha sido por rey jamás regida Ni a extranjero dominio sometida». ¿Qué era Arauco? «Una provincia pequeña de veinte leguas de largo y siete de ancho. Produce la gente más belicosa que ha habido en Indias. Por eso es llamado el estado indómito». Arauco la dominaban y poseían 16 linajes. Los jefes de esos linajes se llamaban los caciques. Los cacicatos eran hereditarios y entre ellos de igual condición. «Ninguno en el gobierno preferido». Es decir, que se regían por una aristocracia democrática. Las asambleas de esos hombres rectores eran una especie de senados abiertos, celebrados al aire libre bajo la sombra de una arboleda. En caso de guerra designaban un capitán que los llevase a la batalla provisto de sus insignias y ornamentos y del bastón de mando. ¿Cuál es el secreto, la novedad sugestiva de Alonso de Ercilla en la épica española? ¿Por qué su poema ha resistido al tiempo, a las modas literarias, al desdén por la poesía clásica, a la fatiga de su enorme longitud? El soldado-poeta, es además de cronista, historiador. Relata a lo vivo, la fiera de la lucha entre los rebeldes y las tropas españolas ocupantes, los actos de heroísmo, las penalidades sufridas, las derrotas y la victoria final y pone en boca de los caudillos de uno y otro bando, arengas y discursos emotivos en que rezuma la filosofía militar de aquel tiempo. Pero su intuición histórica hace de aquel combatiente de 25 años un adivinador del drama de la conquista, en el que había —como en los grandes procesos de transformación humana— bajo la superficie de las batallas, crueldades, gestos y sufrimientos de toda índole, un trasfondo de choque y encuentro de dos culturas distintas a cuya diversidad rinde respetuoso homenaje el poeta bermeano. Si Bartolomé de las Casas quiso proteger la

dignidad humana del aborigen apoyándose en argumentos teológicos y morales, Ercilla es el primer cronista que valora en su auténtica dimensión, las virtudes cívicas, el entusiasmo bélico, el desprecio a la muerte, la nobleza en el combate, de los indígenas de Arauco. Es decir, que define y descubre y exalta el patriotismo de los chilenos. Los enemigos que combate tan sanamente con su espada son hombres respetables que luchan por un ideal: el de su independencia. Los llama, como era acepción corriente de la época, «bárbaros», pero se le advina claramente un esfuerzo de comprensión para analizar y explicar el clima psicológico que hace de aquel pueblo pequeño y primitivo una especie de Esparta americana. Ercilla es el que inicia en su gigantesca epopeya la historia de las futuras naciones del continente. Y ello en la mitad del siglo XVI, cuando la colonización española no había hecho sino comenzar. Su honradez de escritor, su papito sutil de poeta, le adelantaron tres siglos a lo que la América Hispana había de devenir: un manejo de pueblos independientes, nacidos del abrazo de las dos culturas, la autóctona y la traída por los conquistadores. Hoy, esta versión, es aceptada por todos, historiadores y sociólogos y aun los que pertenecen a las escuelas indigenistas tratando de exaltar hasta el cémito aborigen, ignorando la aportación de lo español, lo hacen quizás, como reacción explicable a historia oficial de nuestro Imperio, unilateral y desdenosa muchas veces, de lo que representó la cultura originaria. Ercilla no cayó en esa rutina que además era casi siempre aduladora. Su espíritu imparcial, libre de prejuicios le valió por parte de sus enemigos en la península ser tachado de poco patriota y de haber dado más importancia en su poema a los adversarios chilenos que a los camaradas que con él combatían. Incluso su jefe militar se quejó al rey y encargó a un mediocre poeta que fabricara otro poema exaltando las glorias de su campaña militar y despreciando al enemigo. Siempre la envidia española asomando su verde cabeza tras el perfil de los que destacan! A Ercilla, vuelto a España, le siguió dando vueltas en el ánimo el espíritu aventurero y mientras iba redactando, poco a poco, y publicando, los tres volúmenes de su gran obra viajaba por Europa en misiones confidenciales que le encargó el monarca, su viejo amigo, hasta que cayó en desgracia por las intrigas de sus adversarios. No se sabe dónde ni cuándo, muere. Como dice la balada anglosajona, los grandes soldados no mueren, sino que se desvanecen poco a poco en la niebla del horizonte.

No sé si es lícito ignorar el hecho de la vizcaína, o de la oriundez vascongada en Ercilla para explicarse algunas cosas. Aquel Arauco, territorio diminuto, montañoso y abrupto, asomado a la costa, poblado de gentes indómitas, ¿no recuerda insistentemente a la tradición del Señorío de Vizcaya que el poeta habría oído explicar en su hogar? Aquel conjunto de los 16 caciques que dominaban —respetándose— el pequeño país, ¿no era trasunto de los banderizos y parientes mayores que durante siglos llenaba con su querellas de linaje —pero siendo iguales en rango— la tierra de Vizcaya? Y las asambleas abiertas bajo el dosel del bosque, ¿no tenían su remedo en las juntas guerniquesas que a pocas leguas del solar paterno se reunían bajo un roble para recibir el juramento del rey y rendirle a su juez homenaje? ¿No era el bisabuelo de su amigo el príncipe Felipe, el Rey Católico, quien hacía relativamente pocos años había acudido en persona a la Villa Juradera? Tengo para mí que la sangre vizcaína de Ercilla adivinó oscuramente muchas cosas que sus compañeros de expedición, atentos tan sólo al fragor de la lucha, no veían. El era español y militar y también vascongado y de linaje dominante. Creía que la guerra formaba parte de derecho de gentes como instrumento de defensa o justicia o legítima conquista o hecha para conservar la paz. Mas la contienda motivada por venganza o por odio o por fines inconfesables es la guerra injusta y por consiguiente, moralmente reprochable. «Y el correr del cuchillo riguroso mientras dura la furia es disculpable; mas, pasado después, a sangre fría, es venganza, crueldad y tiranía». En el caballero de Santiago, atrevido, gallardo y pendenciero, palpitaba bajo la armadura, un hombre del Renacimiento, henchido de lecturas clásicas, liberal, generoso y abierto que supo encontrar en el fragor de una guerra colonial el eterno manejo de los principios de la universalidad de la raza humana.

UN PISO GRATIS



24 VIAJES DOBLES A ITALIA

PREMIOS A LA NUPCIALIDAD Y NATALIDAD

Durante todo el mes de Octubre, los titulares de Libreta Ordinaria, Imposición a Plazo o Cuenta Corriente, podrán recoger en cualquiera de nuestras oficinas un boleto por cada 1.000 pesetas que ingresen en sus Libretas. Además recibirán otro boleto por cada 10.000 pesetas de saldo en sus cuentas, siempre que realicen un ingreso en su libreta de por lo menos 1.000 pesetas.

Aprovecha esta gran oportunidad de conseguir uno de estos fabulosos premios. Un Piso en un barrio céntrico de Pamplona. Un maravilloso Viaje a Italia. O un premio a la Nupcialidad y Natalidad.



RECOGE TUS BOLETOS

HASTA EL 31 DE OCTUBRE

CAJA DE AHORROS DE NAVARRA

GARANTIZADA POR LA EXCMA DIPUTACION FORAL